



Juana Capdevielle, bibliotecaria del Ateneo de Madrid (1933-1936)

Clara Herrera Tejada

Comunicación presentada en la *Jornada sobre Juana Capdevielle San Martín, bibliotecaria de la Universidad Central*. Universidad Complutense de Madrid, 15 de junio de 2010.

Hace cinco años, en el verano de 2005, Ramón Salaberría se acercó a la biblioteca del Ateneo de Madrid para solicitar información sobre Juana Capdevielle, bibliotecaria de la Universidad Central que también lo había sido de nuestra institución durante los años 30. Buscaba datos y alguna fotografía para ilustrar la magnífica exposición *Biblioteca en Guerra*¹ que se exhibiría en la Biblioteca Nacional unos meses después. Nuestra respuesta fue nula, porque no solo no conocíamos a Juana Capdevielle en el Ateneo, sino que tampoco teníamos fuentes documentales a las que acudir para rescatarla del olvido, ya que el archivo del Ateneo desapareció casi en su totalidad después de la Guerra Civil.

Aquella exposición tuvo el mérito de sacar a la luz la labor de muchos bibliotecarios ignorados por la historia. Y las personas que la realizaron supieron incentivar esa línea de investigación, que ha generado magníficos estudios posteriores. Otra memorable exposición, la del 75 aniversario de la Facultad de Filosofía y Letras², vuelve a recuperar la figura de Juana, como un merecido homenaje que culmina con la publicación del libro de Cristina Gállego³, una fuente imprescindible que nos guía por su biografía y trayectoria profesional. También se han publicado notables trabajos sobre su faceta política y el trágico final que tuvo su corta vida. Pero quedaba la asignatura pendiente del Ateneo

¹ *Biblioteca en guerra*: [exposición, Madrid, 15 de noviembre de 2005-19 de febrero de 2006]. Edición, Blanca Calvo, Ramón Salaberría. Madrid: Biblioteca Nacional, 2005.

² *La Facultad de Filosofía y Letras de Madrid en la Segunda República: arquitectura y universidad durante los años 30*: [exposición, del 18 de diciembre de 2008 al 15 de febrero de 2009]. [Madrid]: Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2008.

³ Gállego Rubio, María Cristina: *Juana Capdevielle San Martín: bibliotecaria de la Universidad Central*. Madrid: Editorial Complutense, 2010.



de Madrid, nos quedaba llenar ese vacío causado por la falta de documentación, superar la perplejidad que nos produce la memoria borrada. Hace un tiempo que hemos emprendido un proyecto de recuperación del archivo, fundamentalmente a partir de la recopilación de noticias de prensa y la búsqueda de otras fuentes, gracias al magnífico trabajo de Fernando Sígler Silvera y María Olivera Zaldua. Ahora empezamos a saber algo de Juana Capdevielle en el Ateneo de los años 30.

En 1933, año en que Juana Capdevielle ingresa como jefe técnico de la biblioteca, el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid es uno de los foros culturales más influyentes del país, una tribuna en la que habían convivido todas las ideas, que se enfrentó a la Dictadura de Primo de Rivera y donde se fraguó la Segunda República. Y para una bibliotecaria inquieta y republicana, no sólo una de las mejores bibliotecas privadas de España, sino también un lugar de encuentro y experiencias.

La biblioteca del Ateneo de Madrid se había empezado a formar en 1835, cuando la Reina Gobernadora concedió autorización para “establecer un Ateneo Literario, que ofreciendo un punto de reunión a todos los hombres instruidos, contribuya a facilitarles la mutua comunicación de sus ideas, y ponerles por medio de los periódicos y obras extranjeras al nivel de los progresos que las ciencias hacen diariamente en otros países, para que puedan transmitirlos a los demás en las Cátedras desempeñadas gratuitamente por algunos de sus socios”. Este bello texto resumía la labor que el Ateneo desempeñaría a lo largo de su historia y ya sentaba las bases de una biblioteca imprescindible. Las personalidades de la ciencia y la cultura que han regido la institución, junto a un notable esfuerzo presupuestario para la compra de publicaciones, han dado como resultado una colección que reunía lo mejor que se editaba de cada disciplina en el siglo XIX y primer tercio del siglo XX. Es notable el porcentaje de obras extranjeras y hay que destacar la riqueza documental de su hemeroteca, donde las publicaciones científicas acompañan a las revistas ilustradas, de información general e incluso prensa diaria. Esta trayectoria histórica hizo que la biblioteca del Ateneo fuera en los años 30 una de las mejores bibliotecas privadas del país y por supuesto que hoy sea una colección imprescindible, considerada a menudo por los investigadores como “la última esperanza”, el lugar al que acuden en busca de esa rara publicación que no se localiza y parece haber desaparecido del mundo. Y lo mejor es que en muchas ocasiones la encuentran allí. Abierta entonces y ahora desde las 9 de la mañana hasta la 1 de la madrugada, siempre ha sido refugio de estudiantes y opositores, a la vez que



una mina en la que investigadores y curiosos devoran “los libros más raros que te puedas imaginar”, como confesaba Federico García Lorca en 1919⁴.

Al comenzar la década de los 30 el Ateneo acaba de salir de unos años oscuros en los que estuvo intervenido por la Dictadura de Primo de Rivera. Estrena su vuelta a la libertad con una Junta de Gobierno presidida por el doctor Gregorio Marañón. Poco después una nueva Junta presidida por Manuel Azaña se hará cargo de un Ateneo que tuvo un protagonismo indiscutible en la llegada de la Segunda República. La casa, como el país, se politiza cada vez más, pero como siempre sigue abriendo la puerta a la agitación de ideas, a la ciencia, la cultura, la vanguardia artística y la tribuna pública. Numerosas actividades, de las que se hace eco a diario la prensa, son fruto del trabajo de las Secciones del Ateneo, dirigidas por personalidades como Victorio Macho, Guillermo de Torre, Benjamín Jarnés, José Moreno Villa, María Zambrano, Claudio Sánchez Albornoz, Juan Chabás, Eugenio D'Ors, Oscar Esplá, Luis Araquistain, María Martínez Sierra, etc. etc.. En la presidencia se suceden nada menos que Ramón del Valle-Inclán, Augusto Barcia, Miguel de Unamuno y Fernando de los Ríos.

La biblioteca del Ateneo está al cuidado del bibliotecario de la Junta de Gobierno. En marzo de 1930 es elegido en este cargo el investigador y bibliógrafo Agustín Millares Carlo, que continúa en el puesto hasta marzo de 1933. De esta época conservamos uno de los escasos documentos del archivo, un libro de actas de un Comité de Biblioteca que se crea en octubre de 1932 y cuya última reunión tiene fecha de 2 de junio de 1933⁵. Ese Comité está presidido por el bibliotecario y compuesto por un miembro de cada una de las Secciones, con el fin de dirigir la política de adquisiciones y el buen funcionamiento de la biblioteca. Debido a una crisis en la Junta de Gobierno, en marzo de 1933 hay nuevas elecciones y a Millares lo releva el historiador y bibliotecario Ramón Iglesia Parga, a quien sucederá en febrero de 1934 el escritor y periodista Bernardo G. de Candamo, que desempeñará una magnífica labor al frente de la biblioteca hasta el final de la Guerra Civil.

Por otra parte, desde los primeros años del siglo la biblioteca contaba ya con un jefe técnico responsable de su organización, un profesional bibliotecario contratado por el Ateneo tras un proceso de oposición. Hasta 1933 desempeñó este puesto Jenaro Artilles, que había ingresado en 1924 y que desde 1925 ejercía también como archivero del Ayuntamiento de Madrid, era doctor en Filosofía y Letras, profesor en la Universidad de Madrid y colaborador de Millares

⁴ Carta de Federico García Lorca a sus padres, diciembre de 1919. Fundación Federico García Lorca (COD-22v).

⁵ *Actas de la Comisión de Biblioteca 1932-1933*. Archivo del Ateneo de Madrid



Carlo. En 1933 lo ocupa Juana Capdevielle aunque no sabemos en qué momento se produjo el relevo, a Artilles se le menciona en un acta del Comité de Biblioteca del Ateneo de 19 de enero, mientras que en otro acta de la Junta de Jefes de la Biblioteca Universitaria de Madrid, en 7 de diciembre de 1933, ya se menciona que Juana está en el Ateneo, donde ha gestionado la devolución de libros pertenecientes a la Universitaria que permanecían prestados en el Ateneo sin recibo ni formalidad alguna. Tal vez el relevo se produjera con el cambio de bibliotecario de Junta, posiblemente Jenaro Artilles dejara el puesto de jefe técnico y se convocó una oposición que ganó Juana Capdevielle, siendo bibliotecario Ramón Iglesia Parga.

En el archivo de la Junta para Ampliación de Estudios se encuentra la solicitud por la que Juana Capdevielle pide una pensión en el extranjero para estudiar la CDU, fechada en 5 de febrero de 1935. En este escrito resume su currículum:

La solicitante es licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid y funcionario facultativo del Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos con el número 11 en su oposición (1930), con destino en la Biblioteca de Filosofía y Letras.

Alega como méritos para solicitar esta pensión un historial profesional dedicado exclusivamente a las bibliotecas, en las que ha desempeñado misiones fuera de su servicio.

A continuación enumera dichas misiones, comenzando por la del Ateneo:

Es jefe técnico por oposición de la Biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid donde se ocupa actualmente de reorganizar y continuar el catálogo por materias decimal⁶.

Este dato es muy interesante porque nos da información sobre el trabajo técnico de la biblioteca y lo que en estos momentos era un punto de interés: la implantación del sistema de clasificación decimal universal en las bibliotecas españolas, que ya había comenzado en Cataluña y se estaba empezando en la Universidad Complutense. En el Ateneo, esta era una de las apuestas del bibliotecario de Junta Bernardo G. de Candamo, que estaba orgulloso de haber promovido el desarrollo de la CDU, lo que en esos momentos era un notable signo de modernización. Sabemos esta información por el testimonio de su hijo don Luis G. de Candamo, que recuerda con sentido del humor las amables discusiones entre el criterio del intelectual y el de la técnica de biblioteca respecto

⁶ Residencia de Estudiantes, Archivo de la JAE, Expediente de Juana Capdevielle, JAE/30-218, http://archivojae.edaddeplata.org/jae_app/ (consultado mayo 2010).



a tal o cual clasificación⁷. A este respecto es muy importante la edición que promovió Candamo de dos catálogos de libros ingresados en la biblioteca durante los años 1934 y 1935⁸. En el prólogo a los catálogos se dice: “La ordenación por materias se ha realizado con arreglo al sistema decimal en sus primeras divisiones”. Efectivamente, los catálogos aparecen ordenados por el primer número de la CDU. Y qué duda cabe que este ingente trabajo de clasificación y catalogación se debe al esfuerzo de Juana Capdevielle, principal colaboradora de Candamo en esta empresa de difusión cultural que sirvió para poner al alcance de los lectores un fondo bibliográfico multidisciplinar, los cerca de 1.500 libros ingresados cada año en una de las mejores bibliotecas del país.

Ahora bien, Juana dice que “reorganiza y continúa” el catálogo. Esto quiere decir que ya existía una clasificación que posiblemente hubiera emprendido Jenaro Artiles, y confirma la sospecha que siempre hemos tenido en la biblioteca del Ateneo de que el origen del catálogo de CDU es muy antiguo. Por otra parte, es significativa la trayectoria de Jenaro Artiles, que se exilió tras la Guerra Civil y desembarcó en Cuba, donde en enero de 1940 lo encontramos impartiendo un curso de biblioteconomía bajo los auspicios de la Institución Hispanocubana de Cultura, en el que demostró tener amplios conocimientos acerca de la clasificación decimal. Contribuyó así al inicio de la formación bibliotecaria en Cuba⁹.

La CDU no será obligatoria en las bibliotecas públicas españolas hasta la Orden del 29 de julio de 1939. Curiosamente, en el archivo del Ateneo se encuentra un documento de 28 de marzo de 1942 que es la respuesta al *Cuestionario sobre archivos y bibliotecas servidos por el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*¹⁰. El cuestionario lo responde Elena Amat, directora de la biblioteca en ese tiempo, y en el punto 7º dice:

Se cuenta con un ejemplar de la Clasificación decimal de Bruselas de 1927-29, con Índice general del año 33, y otros del año 1908, 3 vols.

Es de suponer que estos repertorios estarían ya para uso de la biblioteca en los años anteriores a la guerra.

⁷ Candamo, Luis G. de: *El universo del ateneísta más antiguo*. Archivo del Ateneo de Madrid, testimonios personales, p. 6. <http://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/Archivo/Documentos/Testimonios-personales/Luis-G.-de-Candamo>

⁸ *Ateneo de Madrid: libros que han ingresado en su biblioteca durante el año 1934*. Madrid: Ateneo, 1935. *Ateneo de Madrid: libros que han ingresado en su biblioteca durante el año 1935*. Madrid: Ateneo, 1936

⁹ Domingo Cuadriello, Jorge: *Espanoles en Cuba en el siglo XX*. Sevilla: Renacimiento, 2004, pág. 265.

¹⁰ Archivo del Ateneo de Madrid, caja 25.



Pero más allá de las cuestiones técnicas, la biblioteca del Ateneo de Madrid era durante los años 30 un hervidero de ideas y un hervidero, aunque silencioso, de jóvenes ávidos de conocimiento, de nerviosos opositores y de muchachas que estudiaban y habían invadido la casa de nuevos aires de libertad. El 6 de diciembre de 1934 el escritor y ateneísta José Pérez Bojart publica en el diario *Ahora* un artículo a toda página sobre la Biblioteca del Ateneo. En él vemos “a la bella y culta bibliotecaria” trabajando en su despacho, al señor Candamo y una imagen del ambiente de la sala de lectura. Bojart la define como:

una biblioteca asectaria, amplia e integral, en la que han nutrido su espíritu todos los izquierdistas y derechistas españoles que tienen algo en la cabeza.

Un poco antes, el 1 de julio de 1934, la periodista Josefina Carabias publica en la revista *Crónica* un reportaje titulado *Las chicas del Ateneo, o donde menos se piensa florece el amor*. Con gran sentido del humor la autora refleja el ambiente femenino del Ateneo, donde la figura rancia de doña Emilia Pardo Bazán ha sido sustituida por una invasión de muchachas guapas y jóvenes que estudian medicina y filosofía:

Hoy en día, en el Ateneo se ven casi tantas mujeres como hombres. Las jóvenes estudiantes están en mayoría, y las viejas sabihondas que alternaban con Unamuno han desaparecido por completo.

Y entre libro y libro, tienen tiempo para charlar con sus compañeros en la Cacharrería del Ateneo o entablar relaciones más sentimentales. Casualmente en la segunda página del artículo nos encontramos con una sorpresa: aparece fotografiada Juana Capdevielle con otra muchacha y un joven, charlando los tres animadamente en torno a una mesa de café.

En este ambiente se relacionó Juana con el que más tarde sería su marido, Antonio Pérez Carballo. Según testimonio de D. Luis G. de Candamo (hijo de Bernardo G. de Candamo) que la conoció, Juanita se casó con un chico que hacía oposiciones en el Ateneo, los dos eran izquierdistas:

...Y Juanita se casó con un chico que hacía oposiciones en el Ateneo, porque entonces estaba todo lleno de opositores, y se casó con este chico, los dos eran izquierdistas, y a él le hicieron gobernador civil de La Coruña. Fue un éxito, claro, no te digo nada, ¡Juanita Capdevielle mujer del gobernador! Se fue a la Coruña... y los fusilaron. Fue al principio de la guerra, una cosa terrible...¹¹

¹¹ Candamo, Luis G. de: *El universo del ateneísta más antiguo*. Archivo del Ateneo de Madrid, testimonios personales, p. 6. <http://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/Archivo/Documentos/Testimonios-personales/Luis-G.-de-Candamo>



Efectivamente, Antonio Pérez Carballo era miembro del Ateneo desde muy joven, ingresó con el número de socio 11.618 el 15 de septiembre de 1926, estudió toda la carrera en el Ateneo y preparó sus oposiciones de oficial letrado del Congreso de los Diputados. Participó como buen ateneísta en la vida de la casa y desempeñó algunos cargos directivos: en junio de 1933 salió elegido secretario de la Sección de Ciencias Morales y Políticas¹², y el 27 de octubre del mismo año secretario tercero de la Junta de Gobierno¹³, cargo que desempeñó hasta el 30 de mayo de 1934.

En 1935 la Junta para Ampliación de Estudios le concede a Juana la pensión en el extranjero para estudios relacionados con la Clasificación Decimal Universal. Comienza el viaje en febrero, pero no agota los cuatro meses de pensión, ya que el 23 de marzo contrae matrimonio en Madrid con Francisco Pérez Carballo, oficial letrado de las Cortes de la República y militante de Izquierda Republicana. El 9 de abril a su marido lo nombran gobernador civil de La Coruña y ella pide una licencia de tres meses sin sueldo para poder trasladarse allí, permiso que solicita también en el Ateneo de Madrid.

Una última referencia encontramos del paso de Juana Capdevielle por el Ateneo. En el libro de Luis Sáenz de la Calzada *La Barraca: teatro universitario* se transcribe un testimonio de la actriz María del Carmen García Lasgoyti, donde dice que la última representación del *El Caballero de Olmedo* antes de la Guerra Civil, en la primavera de 1936, tuvo lugar en el Ateneo de Madrid a petición de su bibliotecaria Juanita Capdevielle¹⁴. Nuestro archivo no conserva documentos que atestigüen aquella representación, igual que se nos borró el rastro de la relación de Federico García Lorca con el Ateneo. Sabemos que a su llegada a Madrid en 1919 le acoge la *docta casa*, en cuya sala de lectura pasa horas y horas rebuscando, como escribe a su familia: «Me hice socio del Ateneo y allí me paso grandes ratos en la magnífica biblioteca que tiene donde están los libros más raros que quieras leer...»¹⁵. Se nos pierde la pista del Lorca ateneísta hasta que lo encontramos, en junio de 1934, elegido vicepresidente de la Sección de Literatura¹⁶. Ahora preside la institución su entrañable amigo Fernando de los Ríos, impulsor de La Barraca y quien posiblemente alentara otra representación, en el Teatro de la Comedia, esta vez con motivo del

¹² *El Liberal*, 24 de junio de 1933, pág. 9.

¹³ *Ahora*, 31 de octubre de 1933, pág. 26.

¹⁴ Sáenz de la Calzada, Luis: *La Barraca, teatro universitario*. Madrid: Revista de Occidente, 1976, pág. 168.

¹⁵ Carta de Federico García Lorca a sus padres, diciembre de 1919. Fundación Federico García Lorca (COD-22v).

¹⁶ *Luz*, 16 de junio de 1934, pág. 5.



Centenario del Ateneo de Madrid el 12 de diciembre de 1935¹⁷. En este contexto nos encontramos con la petición de Juana Capdevielle para que La Barraca actúe en el Ateneo... Ojalá que en un futuro alguien nos ayude a atar tantos cabos sueltos¹⁸.

Al poco tiempo llegaría el comienzo de la guerra y los trágicos sucesos que acabarían con dos vidas tan cortas y prometedoras. El gobernador civil de La Coruña, Francisco Pérez Carballo, muere fusilado el 24 de julio a manos del bando nacional y su mujer, Juana Capdevielle, asesinada en una cuneta el 18 de agosto.

La terrible noticia llegó al Ateneo. A Bernardo G. de Candamo le inundó de tristeza la muerte de su colaboradora, como lo haría un poco más tarde la de su querido amigo Miguel de Unamuno, y la de tantos otros... Pero eso no impidió que fuera él, como bibliotecario de la Junta de Gobierno, el único directivo que quedara al frente de la institución. Una persona honesta y ecuánime que nunca quiso dejar el timón ni marchar al extranjero. Con un enorme sentido de la responsabilidad mantuvo el Ateneo abierto pese a las dificultades y la escasez económica, convirtió la casa en escuela, centro de cultura y refugio de muchos perseguidos por la insensatez de la guerra. En el Ateneo tuvieron lugar actos políticos, pero también conferencias, cursos académicos, y su biblioteca fue quizá la única de Madrid que permaneció abierta¹⁹. Una biblioteca que él supo custodiar y mantener intacta pese a las circunstancias adversas.

Al finalizar la contienda, en abril de 1939, el Ateneo de Madrid es intervenido por el nuevo régimen y en sus dependencias se instala la Delegación Provincial de Educación Nacional de FET y de las JONS²⁰. Es en esta etapa oscura cuando presumiblemente desaparece casi todo el archivo histórico de la institución. Y paradójicamente será una antigua compañera de Juana la que nos deje un testimonio de esta desaparición. En mayo de 1939 el Ministerio de Educación envía a la biblioteca del Ateneo a Elena Amat Calderón, funcionaria

¹⁷ Programa de la representación del teatro universitario La Barraca, patrocinada por el Ateneo de Madrid con motivo de su Centenario el 12-12-1935. Archivo Modesto Higuera (Centro de Documentación Teatral).

¹⁸ Este dato de la relación de Juana con la actuación de La Barraca nos lo comunicó Aurora Cillero Azofra, escritora y directora de teatro, que recreó esa última representación en su obra *Nuevas manos vendrán... y volverá tu Barraca*, representada por el grupo *Nuevo Retablo* el 8 de mayo de 2010 en el Ateneo de Madrid. Agradecemos su entusiasmo y colaboración.

¹⁹ Candamo, Luis G. de: *El Madrid sitiado: la vida cultural durante la Guerra Civil. Recuerdos de un ateneísta*. Texto de la conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 23 de octubre de 2008. Archivo del Ateneo de Madrid. <http://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/Archivo/Estudios-y-Articulos/El-Madrid-sitiado-la-vida-cultural-durante-la-Guerra-Civil.-Recuerdos-de-un-ateneísta> (consultado en mayo 2010).

²⁰ Sígler Silvera, Fernando; Herrera Tejada, Clara; Serrano de la Rosa, M^a Jesús: *El Ateneo intervenido 1939-1946*. Madrid: Ateneo de Madrid, 2008.



del Cuerpo Facultativo que había trabajado con Juana Capdevielle en la biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Elena, que también había sufrido la tragedia de la Guerra Civil en el otro bando con la pérdida de su marido, será ahora la encargada de controlar el fondo bibliográfico del Ateneo, que gracias a su magnífico trabajo profesional apenas sufrió percances. En marzo de 1946 el Ateneo recupera su antiguo nombre y pasa a depender del Ministerio de Educación Nacional. Unos meses después de la salida de Falange, Elena Amat recibe una nota del jefe de personal solicitándole la documentación de un antiguo empleado. Ella le responde con una carta en la que parece como si aprovechara para intercalar una denuncia, como si tuviera la intención de dejarnos un testimonio escrito de lo que pasó con el archivo:

...toda la documentación referente al antiguo Ateneo se encontraba en mayo de 1939 debidamente archivada en las Oficinas de Secretaría, ignorando qué suerte ha podido después correr ese archivo en manos de las personas que sucesivamente han desempeñado cargos en dicho departamento²¹.

Fue como si se hubiera cerrado un círculo. Se hizo desaparecer a una persona y años más tarde se destruyó su rastro, se quiso borrar la historia.

Pero la historia siempre sobrevive y encuentra los medios para salir a flote. Y al final el tiempo acaba poniendo las cosas en su sitio. Prueba de ello es este homenaje que hoy rendimos a Juana Capdevielle en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid.

²¹ Carta de Elena Amat, directora de la biblioteca, a Antonio Cano, jefe de personal de la administración del Ateneo, 6 de diciembre de 1946. Archivo del Ateneo de Madrid, signatura 26/5



AHORA

EL TESORO DEL ATENEO Y SUS GUARDADORES



La sala segunda, vieja, de la Biblioteca, renovada recientemente (Foto Almazán)



La bella y culta bibliotecaria del Ateneo, trabajando en su despacho

El conde de las Navas, bibliófilo, escritor, hombre de mundo, gran amigo de don Juan Valera, era entonces el bibliotecario de la docta casa. Este adverbio de tiempo, "entonces", saturado de melancolía, henchido de añoranzas y de saudades. Se refiere a una lejanía cronológica de bastante más de cinco lustros. Casi equivale, sentimentalmente, a un "allí" señalando a una estrella. Alude a un Madrid sin rascaieles, a una Castellana todavía hípica y señorial a la hora del paseo de coches, a un café de Forros galante, literario y político, a unos barrios bajos con chulos y chulas de los que amaba tanto Ricardo de la Vega, a un teatro de Eslava en que triunfaba la canción del "morrongo", cantada por la López Martínez...

Entonces, digo, era bibliotecario del Ateneo el conde de las Navas. Y solía aborrlarle, a lo mejor, en la Cocharrería un jovencuelo con cara de gallo, provisto de un "monocle" en cuyo cristal rutilaba la impertinencia, para decirle, por ejemplo:

—Querido conde, he advertido en la biblioteca una laguna. No hay ni un libro de Jean Lorrain.

El conde de las Navas hacía un suave gesto de resignación condescendiente y prometía llenar, al punto, aquella laguna.

Hoy, aquel joven chantecleresco ya no usa "monocle"; usa antiparras. Su pelo, en aquel tiempo negro, es ahora—me apresuro a reconocer que un poco prematuramente—blanco como el armiño. Su gusto sigue estando abierto a la novedad, la originalidad y la osadía literarias, si bien su entusiasmo por Lorrain ha decaído un tanto. Aquel joven ocupa hoy, en la Junta directiva del Ateneo, el lugar que ocupaba entonces el conde de las Navas.

Bernardo G. de Candamo, maduro ya, "provecto" en la acepción etimológica de esta palabra, es el bibliotecario de la docta casa desde hace algunos meses.

De los lejanos tiempos evocados acá, el número de libros—ya entonces cuantiosísimo—de la biblioteca ha crecido de un modo enorme. El Ateneo rebosa de libros. Se han ido habilitando, para colocarlos, los pasillos y cuantos lugares ofrecían espacios susceptibles de ser ocupados por estantes, además de haberse añadido a la biblioteca nuevas salas. El señor Azúa cuando presidió, tan activa y emprendedoramente, el Ateneo, dejó un vasto proyecto de obras de albanilería encañinadas a hacer más apto el edificio para alojar su cada día más copioso tesoro bibliográfico.

No era precisa esta hipertrofia de la biblioteca para que el Ateneo fuese una biblioteca por encima todo. De sus funciones, la que cumple la biblioteca es, desde hace muchos años, la esencial y suprema. Así lo hizo entender su ilustre presidente actual, don Fernando de los Ríos, en su breve y bello discurso de toma de posesión del cargo.

En el Ateneo se habla y se discute de política. Negarlo sería absurdo, y no comprenderlo, inexacto; pero el Ateneo no es, como algunos piensan, una especie de "Fontana de Oro". Si frecuentan la Docta Casa—y arman bulla, a veces—izquierdistas de alma helada, también la frecuentan—y, cuando hay ocasión, no se

muerden la lengua—derechistas de lo más extremo. No hemos alcanzado en ellos los tiempos en que el P. Sánchez se lastimaba tiestas con el lucero del alba, defendiendo el catolicismo; pero hemos conocido y tratado allí toda la vida sacerdotes del más ardiente espíritu apostólico, a quienes nadie ha intentado nunca convertir con el hierro ni con el fuego en héroes del martirio.

El Ateneo es, ante todo y sobre todo, lo inverso, lo antípoda de un Centro político: una biblioteca. Una biblioteca asectaria, amplia e integral, en la que han nutrido su espíritu todos los izquierdistas y derechistas españoles que tienen algo en la cabeza. Conservarla, acrecerla y perfeccionarla viene siendo la preocupación de los presidentes que hemos conocido en la Docta Casa, desde don Segismundo Moret hasta don Fernando de los Ríos; para quien está llena de recuerdos—como el de Costa, al que él ayudó, a veces, en sus rebuses de estudios—saturados de noble emoción intelectual.

De este "sentido reverencial" de la biblioteca, de este "ateneísmo"—derivado de Atenas, diosa del Ateneo—participa Candamo en un grado que hace de él, en el centro científico, literario y artístico de la calle del Prado, lo que podríamos llamar un bibliotecario nato.

A un caudal enorme de lecturas antiguas y modernas, y a un fervido amor a los libros se une, en Candamo, una actividad incansable—cuando la anima el entusiasmo—y un espíritu organizador fino e inteligente, sensible al matiz y cuidadoso—exquisitamente—del detalle.

Un detalle, en esto de las bibliotecas tan olvidado aquí en España, como interesante, es el de que las bibliotecas sean o no sean hospitalarias. Entre nosotros no suelen serlo. Las hay excelentes; pero, por lo general, rígidas, secas, hoscas. Diríase que ha presidido su organización e instalación la idea de que el estudio y la lectura son cosas para hechas de prisa, sin comodidad, sin complacencia y sin calor de humanidad. Parece que en ellas los lectores no están bebiendo y "degustando" lo que leen, sino tomándolo, clínicamente, en inhalaciones.

Esta falta de sentido humano y un poco epicúreo de la lectura no ha existido nunca en la biblioteca del Ateneo, abierta de nueve de la mañana a una de la noche, no unas cuantas horas al día y como por penoso deber burocrático, completa, sin prohibiciones escolares—¡afortunadamente!—de fumar sólo se impone en una sala—que le hubieran impedido tomar café a Costa, y a Echegaray consumir pitillos; asaguiques los índices y a mano las enciclopedias y los diccionarios...

En lo que se refiere al confort, el actual bibliotecario ha empezado a dejar huella brillante de su paso. La segunda de las salas viejas se ha convertido, merced a su iniciativa y dirección, en una de las salas de biblioteca mejor amuebladas y alumbradas de Europa. Las mesas de lectura son un modelo de comodidad y de limpieza, y los aparatos de luz eléctrica—iguales a los que hay ahora en la Biblioteca Nacional—parecen ideados por un óptico amigo de Erasmo y discípulo de Epicuro. También es un mue-



Pérez Bojart interroga a Candamo, bajo el retrato de Unamuno (Fotos Almazán)

ble magnífico la gran mesa pentaédrica instalada en la sala de revistas.

La tradición de asectarismo y de integridad—todas las ideas, todos los géneros, todas las disciplinas—, esa tradición en el acopio de libros que ha contribuido tanto a hacer de la del Ateneo una de las bibliotecas europeas más completas, la sigue el actual bibliotecario con honda devoción. Sabe él muy bien hasta qué punto ese sentido amplio y humano ha influido en el valor universal de la biblioteca a su cargo. Biblioteca en la que se ha formado lo más alto, intelectualmente, de España—universitario y autodidacto—, a la que han venido a estudiar extranjeros de la categoría de Benedetto Croce y a la que acude una "élite" universitaria francesa a preparar sus tesis doctorales.

Conduyan con su inteligente laboriosidad a la eficacia de la gestión de Candamo en la biblioteca, en primer término, la señorita Capdevielle, bibliotecaria técnica, en la que se adunan, de un modo exquisito, belleza, cultura y talento, y el

resto del personal destinado a la función bibliográfica, del cual es el decano el heroico y excelente Matias, para quien la biblioteca no tiene secretos. Le llamamos heroico—adjetivo que acaso le parezca al lector algo extemporáneo—porque antes de luchar con los libros luchó con los moros y se ganó una cruz laureada en reñido combate.

¡Biblioteca del Ateneo, ejemplar en España...! En ella, apartado de las colisiones y mudanzas políticas, se, hace muchos años, en latín, a Horacio, a Petronio y a Cicerón—con el íntimo recogimiento y el dulce abandono de un fraile en su celda—nuestro amigo el humanista, erudito y mordaz al modo del abate Marchena. Y sabores versos de Alfredo de Musset—nada de todo y de todos, como en un "boudoir"—nuestra amiga la rubia romántica. Lo eterno, por encima de los accidentes de lo actual; Atenas y las Musas vivas, perdurables a través de los siglos. Sin perjuicio de que, en el pupitre de al lado, se forje—para la defensa de los ideales izquierdistas o derechistas—el futuro hombre público.

José PÉREZ BOJART



Eterno femenino...

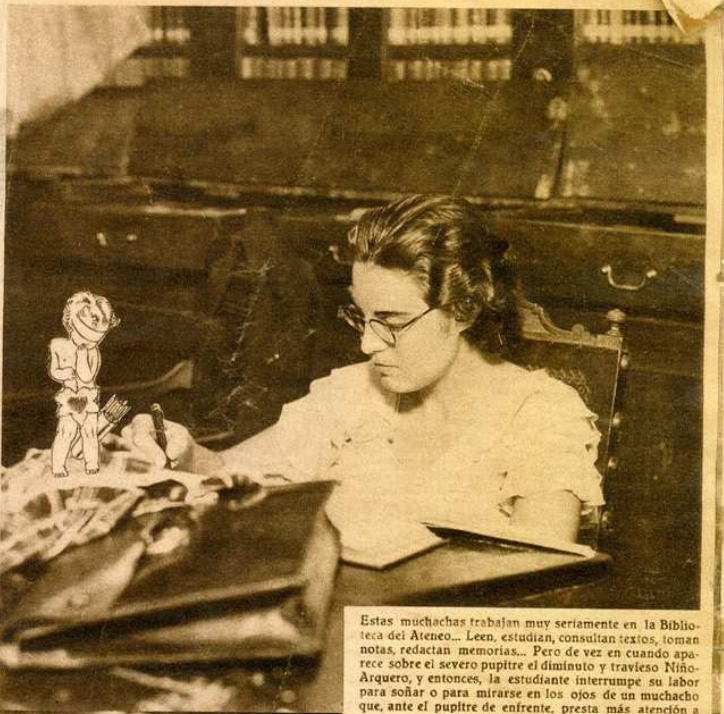
Las chicas del Ateneo, o donde menos se piensa florece el amor.

Aquellos tiempos...

Si doña Emilia de Pardo Bazán levantara la cabeza..., ¿qué pensaría?

Doña Emilia de Pardo Bazán era una de las contadísimas mujeres que acudían al Ateneo a principios del siglo que corre. La doctísima señora solía llegar a la cacharrería a la caída de la tarde, y después de tomar su té con gotas, dialogaba con aquellos señores barbudos y sabihondos. Se hablaba de lo divino y de lo humano, y al final casi todos los días se echaba un ratito a feminismo, tema que por entonces traía preocupadísimo a los intelectuales. Una tarde en que esta discusión había tomado caracteres violentos, la condesa de Pardo Bazán se volvió hacia Unamuno, que meditaba en un rincón completamente ajeno a todo aquel barullo, y le preguntó: —Y usted, don Miguel, ¿qué opina? ¡No cree usted que la mujer tiene, como el hombre, una misión intelectual que cumplir?

—Mire usted, doña Emilia—contestó Unamuno—. Las ocupaciones principales de la mujer son *cozibir, lavar, peinar y amamantar*—y añadió—: «¿cremas? ¡así lo hacen nada de esto los mismos siglos que hace



Estas muchachas trabajan muy seriamente en la Biblioteca del Ateneo... Leen, estudian, consultan textos, toman notas, redactan memorias... Pero de vez en cuando aparece sobre el severo pupitre el diminuto y travieso Niño-Arquero, y entonces, la estudiante interrumpe su labor para soñar o para mirarse en los ojos de un muchacho que, ante el pupitre de enfrente, presta más atención a su vecinita que a los libros... [Foto: Videx]



que vienen haciéndolo, yo entonces creeré que tienen otra misión que cumplir. Hasta entonces, no.

La frase fué celebradísima por todos, excepto por la señora Pardo Bazán, y es que los ateneístas de aquella época eran antifeministas, y hasta se decía que un poco misóginos.

¡Pantorrillas a la vista!

¡Misóginos? Eso parecía, y hasta eso se creían ellos mismos en los tiempos en que solo iban por allí tres o cuatro señoras filósofas y románticas; pero sí, sí.

Un buen día apareció en la docta Casa una alemana licenciada en Ciencias Económicas; pero que, no obstante, poseía unas aceptables pantorrillas, y todo cambió por completo. Los viejos polemistas de la cacharrería sacaron sus butacones al pasillo, y allí se estaban todos muy quietecitos sólo por darse el gusto de ver a la alemana subir las escaleras de la biblioteca.

—Son bonitas esas medinas caladas—declaraba un grave pensador.

—Yo, que sé situarme mejor que usted—aseguraba un caballero que había sido ministro dos veces—, he visto algo más que las medias.

—Diga, diga—inquiría un señor especialista en Numismática.

—Las alemanas llevan una ropa interior magnífica—terciaba un profesor de Griego que había corrido mucho mundo.

Los graves varones abandonaron de un modo imperdonable sus actividades habituales. Y la cosa llegó a tal extremo, que la discusión alrededor del feminismo languidecía. Y una noche el profesor de Griego dijo de pronto:

—Pues bien mirado, no está mal que las mujeres trabajen, estudien y vengán a los Centros culturales.

—Naturalmente que no está mal—contestaron todos.

En la docta Casa había entrado la frivolidad.

La invasión.

Poco a poco empezaron a llegar al Ateneo muchachitas guapas y jóvenes que estudiaban Medicina y Filosofía. Erán unas chicas sercicitas y trabajadoras.

Crónica



pero que no dejaban de hacer impresión en los intelectuales. Los más difíciles de contentar comentaban de vez en cuando:

—Hay algunas que no están mal; pero las mujeres, en cuanto aprueban el Bachillerato, se hacen pedantes y descuidan la belleza. Fíjese en que casi todas se ponen para estudiar unas gafas horribles.

Era verdad. Las primeras muchachas que estudiaron en Madrid sólo se preocupaban de los libros. Pero el día, el verdadero día, se organizó cuando comenzaron a llegar al Ateneo unas jovencitas que si bien aspiraban a doctorarse, no por eso habían renunciado al *coiffe*, al *rimmel* ni a los trajes transparentes.

Los viejos de la cacharrería se conformaban con verlas subir la escalera. Pero entre los opositores a Notarías que poblaban día y noche la biblioteca se produjo un revuelo enorme. Algunos abandonaban frecuentemente el castán para hacer borradores de cartas incendiarias. Y poco después, por los rines de la docta Casa, y a la sombra de los retratos al óleo de Balnes y de Mesonero Romanos, comenzaron a florecer las parejitas de enamorados ateneístas.

Hoy día, en el Ateneo se ven casi tantas mujeres como hombres. Las jóvenes estudiantas están en mayoría, y las viejas sabihondas que alternaban con Unamuno han desaparecido por completo. Sólo muy de tarde en tarde llega alguna, que se limita a tomar chocolate con bizcochos y a subir un ratito a la biblioteca.

La última vieja del Ateneo desapareció hará unos seis años. Era una señora muy larga y muy flaca, vestida siempre de negro y a la moda de fin de siglo. Paseaba por los pasillos con aire imponente, y miraba con una ferocidad extraordinaria a las jovencitas que enseñaban las piernas. Nadie sabía su nombre, y los ateneístas dieron en llamarla *La sombra de Felipe II*. Cuando las parejas de novios se multiplicaron, *la sombra del rey pendiente* se marchó para no volver más.

Lo que opina un viejo ateneísta de las chicas que llenan la docta Casa.

Un señor que lleva cuarenta años sentado en una butaca de la cacharrería sin levantarse de ella nada más que a las horas de comer y dormir, me dijo una tarde:

—A mí me da lástima de esas pobres chicas que se pasan la vida en la Castellana, en los cines y en los bailes persiguiendo un novio que la mayoría de las veces no encuentran. Yo querría convencerlas de que el único lugar de Madrid en donde hay futuros maridos en abundancia es aquí, en el Ateneo.

—¿Que me diga usted?

—Lo que oye. Así mismo si quiere convencerse al salón del fondo:

El salón del fondo es una gran estancia rectangular, tapizada de damasco verde y llena de magníficos sillones.

—Las parejas de novios se han apoderado de ese salón—continúa el viejo—. Azafra, cuando fué presidente de la Casa, lo arregló, dejándolo tan bonito como ve usted. Y como no ignoraba la preferencia de los enamorados por ese cuarto, lo decoró con los retratos de Larra y Espronceda.

—Y usted qué opina de la entrada del amor y de la frivolidad en esta Casa tan docta y tan seria?

—A mí no me parece mal. Además, compruebo con gusto que las chicas que vienen aquí no por ser inteligentes y trabajadoras dejan de vestirse con gusto y de enamorarse. Además, ellas han acabado con el ambiente aburrido y un poco pedante que siempre tuvo el Ateneo.

Por la tarde la biblioteca está llena de muchachas que manejan unos libros imponentes. Las hay muy jovencitas, que estudian el primer año de la carrera o preparan unas oposiciones mientras destrazan el corazón de unos opositores a Registros que están sentados enfrente. Las hay un poco menos jovencitas, que ya estudian el doctorado. Las hay que se entretienen para literatas. No faltan las que están agobiadas de preocupaciones políticas y se pasan la tarde leyendo las obras de Marx y de Trotski. Y, por último, hay algunas que sólo van a la biblioteca, porque han oído que allí se pasa bien. Estas últimas suben muy de tarde en tarde a la biblioteca, y suelen pedir la colección de alguna revista o *El amor de los amores*, de Ricardo León.

Las parejas de novios (hay muchas) trabajan juntas en la biblioteca; pero apenas se dicen nada en toda la tarde. A eso de las siete y media se miran un momento a los ojos. Después se cierra los *Diálogos de Platón* y ella el *Tratado de Anatomía*, y bajan al salón del fondo a decirse ternuras y a tomar café con ensalada, bajo el retrato de Figaro.

JOSEFINA CARABIAS



Arriba: la tertulia, en la galería de retratos. En otros tiempos, cuando el Ateneo era docta Casa para hombres a esta galería recogía, únicamente, los ecos de grandes discusiones literarias, científicas o políticas. Hoy, como consecuencia de la invasión femenina, la tertulia se anima con diálogos más risueños, que terminan como pueden verse en la fotografía inferior: en pleno idilio.

crónica